

## **SANTO CRISTO DE LOS MILAGROS**

**S. I. Catedral de Huesca, 12 de septiembre de 2024**

**MISA DE LA MAÑANA**

***HIMNO CRISTOLÓGICO***  
**(Fil 2, 5-11)**

**+ Vicente Jiménez Zamora**  
**Administrador Apostólico de Huesca**

Saludos: Excmo. Sr. Deán y Cabildo de estas S. I. Catedral de Huesca; sacerdotes; Sr. Prior y miembros de la Cofradía del Santo Cristo de los Milagros y de San Lorenzo mártir; miembros de vida consagrada y fieles laicos; medios de comunicación.

Cada madrugada del 12 de septiembre, fiesta solemne del Santo Cristo de los Milagros, numerosos fieles y devotos venís en romería y procesión ante las plantas de su Imagen sagrada, para agradecerle favores y suplicarle ante vuestras necesidades. Como Administrador Apostólico os saludo y os acojo con afecto de padre, hermano y amigo.

Recordar es volver a pasar por el corazón los acontecimientos y vivencias. Hoy recordamos aquella fecha memorable del 12 de septiembre de 1497, cuando su sagrada Imagen procesionaba por las naves de esta Catedral y sudó gotas de agua de forma milagrosa, según testimonio fehaciente notarial. La ciudad de Huesca quedó libre de la terrible epidemia de peste que la asolaba desde hacía meses. Desde entonces, la devoción de los hijos de Huesca y de muchos pueblos se acrecentó de siglo en siglo hasta ver coronada canónicamente su sagrada Imagen el año 1960 por decreto pontificio del Papa San Juan XXIII, en un acto multitudinario y desbordante de piedad popular, en reconocimiento de los muchos milagros que había obrado a lo largo de la historia.

El Santo Cristo de los Milagros, que hemos trasladado del camarín de su capilla al presbiterio de la Catedral nos mira y nos remira y nosotros contemplamos su cabeza coronada, sus pies y manos atravesados por los clavos del amor. Y le decimos: “Tu cruz adoramos, Señor, y tu santa Resurrección alabamos y glorificamos. Por el madero ha venido la alegría al mundo entero”.

La vida cristiana es un proceso permanente de identificación profunda con Cristo, que consiste en conocerlo desde la fe, en amarlo con todo el corazón y en seguirlo de cerca por el camino de la cruz y de la resurrección.

Esta configuración con Cristo muerto y resucitado no consiste en una simple imitación externa, sino en una identificación íntima y personal con el Señor, que brota de la contemplación y de la oración, hasta poder decir con San Pablo: “vivo yo, mas no yo; es Cristo quien vive en mí” (*Gál 2, 20*). Es don y gracia y, a la vez, tarea y compromiso.

En esta Eucaristía matinal hemos proclamado el himno cristológico de Filipenses 2, 5-11. Este es uno de los textos más antiguos del Nuevo Testamento sobre la humanidad y divinidad de Jesucristo. Quizá es un himno utilizado por los primeros cristianos, que San Pablo incorpora en su carta. En él se canta la humillación y la exaltación de Cristo. El Apóstol, teniendo presente la divinidad de Cristo, centra su atención en la muerte de cruz como ejemplo supremo de entrega, humildad y obediencia.

A la luz de este texto, que resume el misterio pascual del Señor, quiero exponer brevemente en esta homilía una de las actitudes fundamentales de Cristo: su encarnación en las realidades humanas; la asunción de todo lo humano.

### **Cristo asume todo lo humano, excepto el pecado**

Jesús, el Hijo de Dios hecho hombre, asume todo lo humano, excepto el pecado: el sufrimiento y la alegría, la cruz y la gloria, la muerte y la vida. Entra en una humanidad necesitada de salvación, de libertad, de justicia, que espera en tinieblas y sombras de muerte una Luz que viene de lo Alto (cfr. Lc 1, 78-79; Is 9, 1), capaz de guiar nuestros pasos por el camino de la paz.

El autor de la carta a los Hebreos, que trata sobre el sacerdocio nuevo y definitivo de Cristo, afirma que “no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino que, de manera semejante a nosotros, ha sido probado en todo, excepto en el pecado” (Hb 4, 15).

El hecho de que Jesús, sin perder su naturaleza divina, asuma “un cuerpo de carne”, nos lo hace sentir más cercano, más fraterno, más solidario; sufriente, corporal, amigo, de carne y hueso, como nosotros. Es el cuerpo que se fatiga y sufre; tiene hambre y experimenta sed; a través del cual entra en diálogo con sus discípulos, con los enfermos, con los niños y los pobres; con los pecadores y los que buscan su curación y su palabra. Es el cuerpo de la inmolación y donación definitivas: “Esto es mi cuerpo, que se entrega por vosotros” (Lc 22, 19).

Jesús vive intensamente todo lo humano. Ama con todo afecto a Juan, a sus amigos de Betania (Lázaro, Marta y María), mira con cariño al joven rico, acaricia a los niños, cura a los enfermos, perdona a los pecadores, consuela a los tristes y devuelve la vida a los muertos. Pero Jesús padece también, como nosotros, el cansancio, la soledad, la tristeza, el miedo, la angustia y se estremece ante la cruz.

Nos hace bien contemplar y meditar en la humanidad de Jesús, para identificarnos con Él. Ante esta imagen de la humanidad de Cristo, sacramento del Padre, hay que subrayar la sacramentalidad de la Iglesia en su aspecto humano-divino (cfr. LG 8), como camino de encarnación; como forma de solidaridad; como modo de salvación. La Iglesia se encarna también, como su Señor, en situaciones y momentos diferentes: “Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón [...]. La Iglesia se siente íntima y realmente solidaria del género humano y de su historia” (GS 1).

Este camino de encarnación es el que quiere emprender nuestra Iglesia Diocesana de Huesca en su Programación Pastoral para el curso 2024-2025: “En camino sinodal hacia el Jubileo del año 2025”.

Permitidme que, en sintonía con el Papa Francisco como vuestro Administrador Apostólico, os sugiera algunos *caminos*, como respuestas a las necesidades pastorales de la Iglesia, hoy:

- Edificar una “Iglesia de puertas abiertas”: acogedora, comunitaria, sencilla.
- Promover la renovación de los sacerdotes, miembros de vida consagrada y agentes de pastoral para vivir con más ilusión la misión de la Iglesia, a través del encuentro vivo con Jesucristo en la oración y los sacramentos.
- Participar personal e institucionalmente en plataformas civiles y sociales que trabajan por la justicia y el bien común, porque la fe tiene una dimensión social y la humanización de nuestro mundo es uno de los nombres de la evangelización.

**Conclusión.** En esta Eucaristía entremos en los sentimientos íntimos de Cristo, cuyo servicio supremo fue entregar la vida en obediencia libre y amorosa al Padre y en solidaridad generosa con los hermanos. ¡Santo Cristo de los Milagros, concédenos encarnarnos en la Diócesis de Huesca y servir con amor y humildad a Dios y a los hermanos! Amén.